

## **“LA PALABRA ESENCIAL. DISCURSOS INÉDITOS DE PATRICIO AYLWIN AZÓCAR 1934-1973”**

### **PRESENTACIÓN DE SOL SERRANO**

Me equivoqué con este libro. Pensé con desaprensión que el prólogo bien podría llamarse “Fuentes para la Historia de Chile”, o “Aylwin antes de Aylwin”. Craso error.

Empecé esta lectura como historiadora interesada tanto en el personaje como en el periodo. Tomé notas pero las fui dejando; luego solo subrayé y en las últimas cien páginas había abandonado la silla de mi escritorio de trabajo para leer en mi sillón favorito. No podía dejar la lectura, aunque tuve que hacerlo varias veces para respirar hondo. Recomiendo leerlo de corrido pues es entonces cuando adquiere un valor sorprendente: vivir la experiencia histórica del tiempo y de nuestra propia responsabilidad en construirlo.

El viaje parte el año 34 en el Liceo de Hombres de San Bernardo cuando Patricio Aylwin tenía 16 años y termina, no sabemos exactamente donde, seguro que en alguna casa retirada cerca de Santiago, a sus 55 años, un 8 de septiembre de 1973. Es primera vez que se publican estos documentos como conjunto. Algunos están en los Diarios de Sesiones del Congreso, hoy digitalizados, o fueron publicados en la prensa. La gran mayoría son inéditos, pertenece a su propio archivo, ese que guardó con asombrosa meticulosidad desde muy joven.

Es posible reconocer en sus discursos una cierta matriz común: la retórica persuasiva que se inicia en el ámbito moral, doctrinario, para entroncar con la historia no como pasado sino como realidad fáctica que lleva a la denuncia y finalizar con un llamado al cambio. Si se trata del aniversario de su Liceo, le rendirá las loas correspondientes, reclamará la injusticia de las autoridades educacionales de haberlo descendido de primera a segunda categoría y terminará reivindicando a la comunidad escolar que actuó unida para revertir la medida. Esa estructura será luego la del jurisconsulto y adquirirá ya una impronta oratoria en el político. Es demasiado analítico para los cánones del orador clásico. No suele usar recursos poéticos o metafóricos. Prefiere la pedagogía y en ello es, literalmente, un maestro. Su espacio más propio parece ser el foro y el hemiciclo, quizás más que las altas tarimas de las grandes concentraciones.

Aylwin es impresionantemente igual a sí mismo. Está movido por la dialéctica de su tiempo y toma partido. Será el espiritualismo contra el materialismo del periodo de entre guerras; será la antropología cristiana versus el materialismo histórico; será el capitalismo individualista versus la justicia social; será la igualdad y la libertad; será la democracia y el totalitarismo.

Es igual a sí mismo, digo, pero no homogéneo. Entra en política activa a mediados de los 40 como miembro de la Falange Nacional, cuando eran “cuatro gatos”, como señala aquí varias veces, y luego en la formación de la Democracia Cristiana el 57. Los “cuatro gatos” fueron creciendo y preparando para ser gobierno. La campaña presidencial de la DC el 64 fue la más moderna que había conocido la historia de Chile, con un slogan que hoy todo gran comunicador admirara, como lo fue “Revolución en Libertad”, portaestandarte de un nuevo actor social que era uno y múltiple, que apelaba a la tradición y al cambio: la Patria Joven. Tres años demoraron en hacer un programa con amplia participación y nuevas generaciones entraron al gobierno. Hace más de medio siglo, cuando las tecnologías de las comunicaciones nos parecen antiquísimas, cuando se escribían cartas, se esperaba al cartero, se usaba papel calco; cuando la radio, primero, y la TV que emergía construían

nuevas imaginaciones y vínculos, ese Chile vivió quizás los años más veloces de su historia. Fueron solo 9.

Este libro invita a la vivencia del tiempo histórico. Lo logra con una tensión narrativa que en realidad la construye el lector y no el autor.

Las memorias, las biografías, “los libros de historia” tienen un autor omnisciente. Construyen una estructura y un argumento con desarrollo y desenlace no porque sepan todo sino porque saben el final.

En este texto el autor no es omnisciente. Solo lo es el lector.

Y por lo mismo admite lecturas múltiples. La más relevante para mí fue experimentar la centralidad de la política y del análisis político EN la política. El año 66 Aylwin es presidente de la DC y en esa calidad es el orador principal de la Junta Nacional al cumplirse un año del gobierno de Eduardo Frei M. Es una descripción de una crudeza sin ambages sobre el poder, las fuentes del poder, las relaciones de poder. Desde ahí enfrenta las divergencias y “desánimo” en sus propias filas. La raíz no era ideológica, a su juicio, sino de percepciones sobre las velocidades de los cambios. La gradualidad era un imperativo de eficacia en relación al poder que tenían. Ello requería tomar opciones: debilitar el poder económico de los ricos -un eje del programa-, no resistía la reforma agraria y las transformaciones industriales y tributarias a la empresa simultáneamente porque no tendrían presupuesto para el alza de salarios y detener la inflación. El programa sería posible si mantenían e incorporaban mayor poder, eso significaba un partido unido y un partido y gobierno vinculados en terreno con los sectores populares.

Los contenidos de sus palabras tienen un valor intrínseco. Sin duda. Pero interesante me parece a mí el valor que le asigna a la política. Con cuanta majadería escuchamos hoy sobre el distanciamiento de la ciudadanía de la política, y es cierto, pero nos detenemos poco en el alejamiento de los políticos de la política, de la política moderna construida en base a ideología, programas, construcción de poder y estrategia. La estrategia política en la opinión hoy pasó a ser función de los analistas mucho más que de los políticos. Me refiero a “la política” como el arte del poder en torno a determinados objetivos. Arte que requiere algo más que intuición y maniobra. Requiere de un agudo análisis estratégico.

Sin embargo, en esos mismos años tanto la política como su estudio eran tratados por las ciencias sociales marxistas y estructuralistas que eran hegemónicas como un reflejo de las grandes estructuras económicas y sociales que determinaban el curso de la historia. La historia política había pasado a ser casi anecdótica. Fue a mediados de los 70 que la política empezó a florecer como un campo de estudio dotado de espacios de autonomía. En la historiografía ello fue muy evidente cuando una nueva corriente empieza preguntarse bajo qué paradigma podría interpretarse Mayo del 68, o las grandes rupturas históricas... como el 73. La renovación de la historia política –que finalmente es de la revaloración de la política misma- tiene como elementos centrales el protagonismo de los actores de carne y hueso, sus motivaciones y sus prácticas, el análisis del tiempo corto, su capacidad explicativa y finalmente, incorporar al análisis que la política tiene un espacio de autonomía y no solo reflejo de estructuras que no fijan de manera inexorable o teleológica el acontecer histórico.

Este texto nos introduce precisamente en esa dinámica. El tiempo va adquiriendo una velocidad feroz en los últimos años. Si el lector no los vivió –son la gran mayoría- los vivirá más allá de cualquiera explicación teórica. De hecho, se siente, se va sintiendo esa velocidad y como sabemos el final la lectura nos envuelve en esa doble dimensión del tiempo de los otros y el nuestro.

Para muchos actores y analistas los 71, 72 y 73, fueron una tragedia griega, un destino fatal inexorable. Pero no es tal. Dentro de las condiciones de altísima movilización, participación política, demandas sociales y crisis económicas, de ingobernabilidad y violencia, el margen de acción era estrecho, ya no parecía haber salida que no tuviera un alto costo. Era una tragedia, pero no griega, porque el desenlace no tenía un destino inexorable. Los actores no estaban ciegos, ni gobernados por unas leyes inherentes de la historia. Esos espacios de movimiento se respiran en estas páginas. Pareciera más bien que los actores pierden la capacidad de análisis de las correlaciones de fuerzas reales y no voluntaristas. Los lectores sabemos que el desenlace fue, a fin de cuentas, el peor, al menos en lo que a vidas humanas se refiere. Leyendo estas páginas se me confirma una cierta intuición – específico que no soy especialista en el periodo- de que buena parte de los actores no avizoraron las dimensiones que tendría el golpe de Estado en su nivel de violencia y de perpetuación. Quizás ni el propio Allende lo imaginaba. Su trágica muerte, que sintió como su deber y misión histórica, no significa de suyo que anticipara la naturaleza de lo que venía. Incluso llego a preguntarme si los altos mandos de las Fuerzas Armadas tenían información de que el poder armado de la ultrazquierda y partidos de gobierno era inferior al lenguaje bélico de muy grueso calibre con el que amenazaban. De todas formas, lo supieran o no, era la justificación del golpe y no podían minimizarla. En fin, son solo conjeturas que permiten reflexionar una vez más sobre la responsabilidad de la política como el campo de negociaciones de acuerdo al análisis del poder de los diversos actores y principalmente del propio.

Nunca he compartido el tan citado aforismo, atribuido a Santayana, de que los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla. Sencillamente porque la historia no se repite. Creo más con Maquiavelo en la importancia de la historia para aprender a hacer política. En el correr de las páginas que siguen se vive esa tensión entre la centralidad de la política y al mismo tiempo su ineficacia cuando, finalmente, lo que se está jugando es la relación entre “la” político y “lo” político. El golpe de Estado y lo que vino, más allá incluso de cuáles sean las posiciones e interpretaciones, transformó “lo” político y por ello ha perdurado en el tiempo en parte como memoria, en parte por la transformación de los vínculos sociales que la trascienden. La democracia representativa en Chile y el mundo lidia hoy con el desafío de articular los vínculos sociales y culturales en vínculos cívicos.

Termino estas palabras con una referencia al autor a quien he dejado en silencio. Sus palabras son fragmentos que tienen una clara línea de continuidad. Su biografía está por escribirse y estas páginas son una importante contribución para someter a un cierto análisis crítico ciertas imágenes bastante instaladas, frutos del debate político.

Al menos para mí hubo varias sorpresas. Su apoyo irrestricto al gobierno de Frei y su rol protagónico como opositor a Allende han desdibujado su acendrado anti derechismo. El discurso más duro y virulento de esta colección no es contra Salvador Allende, sino contra Jorge Alessandri en la campaña de 1970, denunciando que no era un independiente sino un defensor de los intereses de la derecha económica. En la elección de ese año, diagnostica Aylwin, se enfrentaban una candidatura de derecha tradicional que detendría los cambios y haría el país ingobernable hasta terminar en una dictadura y dos candidaturas de izquierda. Una que postulaba los cambios estructurales en el marco de la libertad y de la democracia y otra que quería hacer esos cambios solo desde el Estado, con el serio riesgo de desembocar en una dictadura. Incluso se definió a sí mismo como un hombre de izquierda democrática y cuando hubo que definir la votación de su partido por el candidato que en esa elección sacó la primera mayoría relativa, Aylwin defendió el apoyo a Allende, por ser la tradición y porque su programa era el más concordante con la DC. Explícitamente define a Allende como un demócrata, proveniente de la tradición socialdemócrata

del Partido Socialista. En ese primer año no le era clara la importancia que iba a tomar la ultraizquierda y las posiciones insurreccionales dentro de ese partido. En el curso de un año, este hombre que se define de izquierda democrática, pasa a ser uno de los principales opositores por el mismo diagnóstico que había hecho sobre las elecciones del 70: que la “otra izquierda” se encaminaba hacia una dictadura.

La acusación tan reiterada a Aylwin de haber apoyado el golpe también merece un análisis crítico. Este libro se cierra con un documento de valor extraordinario. Es el sábado 8 de septiembre, tres días antes del golpe. Aylwin se reúne privadamente con los presidentes provinciales del PDC de todo Chile y algunos otros invitados. Es “entre camaradas”. Este discurso no fue escrito por Aylwin con anterioridad. Llevaba un meticuloso punteo sobre lo obrado por la directiva del partido en los últimos meses. El texto que tenemos es una grabación que luego fue transcrita a máquina. No fue publicado por razones obvias. Es posible que no haya más copias que la que quedó en la secretaría de la DC y la del propio Aylwin, sobre cuyo ejemplar hizo algunas correcciones menores. Es un documento prácticamente desconocido. Tiene un tono coloquial en el que hasta se permite un par de bromas que se transcriben junto a algunas chanzas de sus interlocutores. La naturaleza del documento es crucial por lo mismo. Relata casi día por día lo obrado por la Comisión Política y sus conversaciones con el Presidente Allende, propiciadas por el Cardenal Silva Henríquez, entonces Arzobispo de Santiago. Quizás lo más novedoso reside en los vínculos con las Fuerzas Armadas. A mediados del 73, explica Aylwin, la Junta del partido había fijado como política evitar los intentos golpistas de sectores de la derecha tanto como las tendencias totalitarias de la UP, para volver a los cauces institucionales a través de la integración institucional de las Fuerzas Armadas al gobierno con una agenda de gobernabilidad que formalizaron. La comisión política presentó un memorándum al Presidente Allende y se reunieron para discutirlo. “Hicimos saber esto mismo a los altos mandos”, dice Aylwin -sin especificar de qué manera- “con la idea de recoger qué tipo de poderes requerían en el gabinete y en la administración”. El “hicimos saber” se formalizó luego en un documento sobre las atribuciones con que proponían que asumieran en un nuevo gabinete. En ambos memorándums, el PDC señala que apoyaría al nuevo gabinete en todas las instancias correspondientes, pero que no entrarían al gobierno. Aylwin cuenta como anécdota, pero que hoy tiene un enorme significado, que el documento despertó suspicacias en los altos mandos porque era coincidente con sus propias proposiciones y la pregunta era quién de ellos se los había entregado a la DC. El resultado, dice Aylwin, es que Allende “les metió un gol de media cancha” porque nombró ministros a los comandantes en jefes de las FF.AA. pero con un diseño estratégico enteramente opuesto. No es del caso reproducir aquí la detallada narración de Aylwin. Solo señalar que, por los hechos y el tono del relato, las relaciones con las Fuerzas Armadas en los últimos meses parecen haber sido bastante formales, aunque privadas. La proposición del PDC fue enviada en los mismos términos y por escrito, tanto a Allende como a los uniformados. Parece estar todavía en el ámbito político más que en el conspirativo. La DC, finalmente, estaba proponiendo formalmente un co-gobierno.

Tres días después se bombardeaba La Moneda y moría el Presidente Allende.

Pero este libro termina tres días antes.

Su lectura nos deja con esa interrogante, que es la del ciudadano. ¿Y si...? Pregunta que ya no nos hacemos porque sabemos lo que pasó. Y esa es, para todos, la gran pregunta abierta por este texto y por la tragedia del 73: ¿Y si...? Esa pregunta no es historiográfica. Es una pregunta sobre el valor y el sentido de la política.

De eso se trata este libro.